

Filosofando

## De la diversión al gozo, segunda parte: el juego y el amor

**Luis Armando Aguilar Sahagún**

*El hombre es y se hace hombre al jugar, no sólo al trabajar*

### **El juego**

Puede entenderse por 'juego' la ocupación cuidadosamente separada, aislada del resto de la existencia y realizada, por lo general, dentro de límites precisos de tiempo y lugar. El juego se caracteriza por ser una actividad libre, separada, incierta e improductiva, reglamentada y ficticia. Está en cierto modo encerrado en sí mismo, y ahí, genera un orden propio, no exento de tensión, de incertidumbre, de un elemento azaroso.

Si el trabajo es penoso, es porque obedece a las leyes y a la finalidad del mundo objetivo. El juego, por el contrario, suspende temporalmente las normas y los imperativos del mundo objetivo, como afirma Marcuse.

Platón exaltó el trabajo como forma de juego, y definió el juego como el contenido esencial de la vida de los hombres, como el modo de existencia más digno de ellos (Las leyes, libro VII).

'Ser' es también 'jugar'. El juego es un modo «serio» de ser con los otros, ateniéndose a unas reglas. El juego es a veces «agónico», a veces gozoso. Se desenvuelve entre la competencia y la disipación. Es tiempo y espacio de recreación. Muchos animales juegan, no sólo el hombre. Pero sólo él puede establecer sus propias reglas, cambiarlas y someterse a ellas. El hombre crea y recrea la cultura no sólo trabajando, sino también jugando. El historiador de la cultura Johann Huizinga ha caracterizado al hombre, más que como ser que piensa o que trabaja (homo sapiens, homo laborans), como hombre «juguetón» (homo ludens).

El juego no es en primer término lo que se hace con el «tiempo perdido», sino ante todo un modo de colmar el tiempo con la misma intensidad de la atención y la entrega que demanda el trabajo, o con la soltura de las fuertes amarras que constriñen los ritmos de la vida por los deberes y obligaciones que impone el trabajo cotidiano. Se caracteriza por la libertad, la gratuidad, la creatividad y la satisfacción.

Al jugar, el hombre establece un ritmo de vida a un tiempo distinto del tiempo del trabajo. El niño se embebe en el juego. Vive en el presente; así también el hombre que de alguna manera busca reconstruir esas experiencias. El hombre puede pasar horas jugando, sin darse cuenta. El jugador, el atleta, el deportista, están de otro modo en el mundo, el espacio y el tiempo. Algo hay en el juego de atisbo de lo que no es mera temporalidad.

El juego es también un modo privilegiado de ser y estar con los otros. Es un espacio privilegiado de encuentro. Puede ocurrir en la espontaneidad, en el acuerdo que genera la simpatía, o en medio del conflicto que puede llevar hasta la destrucción; el juego permite que se limen los antagonismos y asperezas, o también que se acentúen las rivalidades, siempre dentro de marcos más o menos reconocibles y aceptados por los participantes (lo que no ocurre en el «juego sucio»).

Entre el trabajo y el ocio, la competencia y el reto, el juego hace posible pasar el tiempo junto con los otros, en lo que tiene sentido y en lo que aparentemente no. Hace posible buscar y encontrar la armonía, la sintonía con el otro, de cara a esa tarea peculiar que puede ser muy exigente, pero en la que lo decisivo no es el quehacer del que depende, la sobrevivencia ni la solución de los grandes asuntos de la convivencia. El juego rompe las rutinas, y su vivencia se convierte en promesa de una vida sin cadenas. Por eso tiene un sentido profundamente humanizante. También cabe advertir su carácter ambiguo, cuando es deshumanizante.

Su sentido antropológico consiste ante todo en crear, re-crear -el hombre se recrea y recrea-, la relación con los demás, la comunicación, la salud, su carácter educativo, el conocimiento mediante el aprendizaje lúdico y el desarrollo de la creatividad. El juego auténtico, puro, constituye un factor decisivo de toda cultura, tan importante o incluso más que el mismo trabajo.

Al parecer, en la experiencia del juego la vivencia del tiempo es cualitativamente diferente de la que se da en las «jornadas» de trabajo, en las «horas de trabajo intenso, duro», en las que el parámetro es el tiempo que miden las manecillas del reloj. El tiempo que cautiva en el asunto mismo, en el estar con otros, en el esparcimiento, la fascinación silenciosa, gozosa, tensa, intensa, en la que parece que se suprime el tiempo, y se gusta del instante, y se le desearía eternizar. Así el juego puede parecer una anticipación de esa «otra vida» esperada explícitamente por algunos, atisbada por otros.

Cabe preguntar en qué medida el sentido lúdico de la vida está presente en las sociedades modernas como un valor en sí. O si, por el contrario, una de sus grandes miserias consiste en haber hecho del juego una mercancía de distintos precios. Pareciera, asimismo, que ni siquiera cabe plantear la posibilidad de que lo lúdico se integre a la actividad laboral. «Ser empleado» no equivale a contar con oportunidades de trabajo y creatividad, mucho menos de desarrollo lúdico. «Ser empleado» puede ser una bendición por el sólo hecho de ofrecer fuentes de ingreso, quedando en manos de un mercado en el que el ser humano no cuenta.

### **Jugar con amor**

‘Bienaventurados’ es la traducción al castellano del término griego empleado en el Sermón de la Montaña (cfr. Mt 5, 1): «Bienaventurados los infelices». Emilio Lledó invierte la expresión, tratando de recuperar su sentido: felices son sólo aquellos que se abren a los infelices, es decir, a los que padecen con ellos. Ernest Tugenhat observa, a propósito de esta traducción: «Naturalmente, esta inversión era ya la idea fundamental de Jesús con su concepción universal del amor». Es sintomático que un pensador ateo intuya en esta enseñanza cómo se abre un camino inequívoco de alegría y realización humanas.

Resulta desconcertante que Francisco de Asís haya encontrado «la dicha perfecta» en ser vapuleado por causa del Evangelio de su Maestro. Nadie se atrevería a sospechar que se trata de una suerte de masoquismo sublimado. Nadie pensaría de las Bienaventuranzas que sean moneda hueca, si salieron de boca del Rabí de Galilea. Con ellas Jesús proclama la misericordia ilimitada de Dios; proclama que este mundo no tiene la última palabra sobre la felicidad del ser humano; denuncia la engañosa felicidad de quien ríe y disfruta de los bienes de la Tierra dejando en el olvido a quienes lo producen con sus manos en largas jornadas, o a quienes no se considera dignos de lo que en realidad les pertenece, o a quien, por cualquier motivo, está de antemano «fuera de la jugada».

Para el cristianismo, Jesús es la revelación tanto de Dios como de lo que significa ser plenamente humano. Jesús revela también la esencia del juego, del hombre verdadero ludens; no sólo en cuanto «sabiduría eterna del Padre» que ama habitar entre los hombres y tener su morada entre ellos: Jesús fue a las fiestas populares, a las bodas, cantó los himnos de alabanza y las acciones de gracias, llenas de gozo. Debió divertirse, sin duda, jugando con los niños y con los excluidos de su tiempo. Hay numerosas expresiones en las que es posible descubrir expresión de sentimientos de gozo. Su vida es revelación, asimismo, de lo que es un hombre verdaderamente libre, trabajador y creativo.

Frente a una sociedad en la que la distracción, el aburrimiento y la trivialización del juego hacen que crezca la nostalgia por el verdadero gozo, la imagen elegida por el Maestro de Galilea para comparar a la generación de sus contemporáneos conserva aún hoy toda su fuerza: «Son semejantes a los muchachos que, sentados en la plaza, invitan a los otros diciendo: “Tocamos la flauta para ustedes y no danzaron; les cantamos lamentaciones y no lloraron” ».

Una canción popular irlandesa parece recoger bien el sentido lúdico y del humor no sólo de Jesús, sino de lo que los cristianos han comprendido acerca de su haber estado en el mundo.

*Bailé por la mañana cuando el mundo era joven*

*Bailé sobre la luna, sobre las estrellas, sobre el sol.*

*Bajé del Cielo y bailé en la Tierra*

*y vine al mundo en Belén.*

*Bailé en donde estaban ustedes*

*porque yo soy el Señor de la danza:*

*donde ustedes están*

*seguiré bailando para todos.*

*Bailé para el escriba y para el fariseo,*

*pero ellos no quisieron danzar ni seguirme;*

*bailé para los pescadores,*

*para Santiago y para Juan;*

*ellos sí me siguieron y el baile siguió.*

*Bailé el día del sábado, curé al paralítico;*

*las personas santas decían que eso era*

*una vergüenza.*

*Me apalearon, me dejaron desnudo*

*y me colgaron bien alto en una cruz...*

*para que me muriera.*

*Bailé el viernes, cuando el cielo se hizo*

*tinieblas:*

*¡Es difícil danzar con el diablo sobre la  
espalda!*

*Embalsamaron mi cuerpo*

*y pensaron que todo había terminado,*

*pero yo soy la danza y sigo siendo siempre*

*el baile.*

*Quisieron aniquilarme,*

*pero resurgí aún más arriba,*

*porque yo soy la vida,  
la vida que no sabe de muerte:  
Yo viviré, y ustedes también, si viven en  
mí.  
Porque yo soy el Señor de la danza.  
¡Baila, baila, donde quiera que te encuentres,  
Yo soy el Señor de la danza  
y los conduciré dondequiera que estén!*

En la misericordia que alcanza a los hambrientos, a los humildes y a los desprotegidos, la alegría es fruto de la alegría. Estas verdades elementales son tan pequeñas como el grano de mostaza sembrado cerca de un huerto de olivos, a un costado de Jerusalén. Son tan grandes como el árbol de la historia. Las generaciones recogen el eco de esa voz que aún resuena de entre los montes de Judá, de los valles de Galilea, hasta los Montes Urales, Los Pirineos, Los Apalaches, El Himalaya... «El que no recoge conmigo, desparrama». La clave del recogimiento es hacerlo con el sembrador de todas las tierras y de todos los tiempos. Es una bendición para el ser humano el contar con esta oportunidad en cualquier tipo de cultura y sociedad.